

¿Cómo vivir de forma ética?

(Alternativa mínima para vivir éticamente)

José Cornelio González Díaz.
Filósofo. Especialista en Educación Sexual.
Magíster en Docencia
Docente Área Humanística
Corporación Universitaria Unitec

Introducción

La realidad del país está signada en sus matices negativos por la injusticia social, la intolerancia, la violencia generalizada, la violación de los derechos humanos y del derecho internacional humanitario, la pobreza absoluta de grandes mayorías, el desempleo y la corrupción. Pero la realidad colombiana no es ni consiste sólo en eso, por lo que exige que se la analice desde varios factores tan importantes como lo son, entre otros, el político, el económico, el social, el cultural, el religioso y el educativo, para poder darle una significación y una respuesta.

En este estado de cosas, surgen con firmeza las preguntas por la moral y por la ética, tanto en el simple sentido del vivir la vida, como también en el sentido que orienten nuestra existencia en el mundo (es decir, cómo vivir la vida). También podríamos enunciar lo anterior como la necesidad y la urgencia de la formación en valores, de la formación ética y moral que, necesariamente, supone la asunción en las vivencias cotidianas de tales o cuales valores que podamos determinar como significativos por la vía del consenso.

Un poco de historia

En nuestro país, desde el momento en que se inicia el proceso de descubrimiento y evangelización, se impone un punto de vista en el actuar: el religioso. Éste tenía la autoridad para señalar a los hombres cuáles eran los referentes que debían orientar sus comportamientos y actitudes; referentes que configuraban el código ético de la mentalidad presente en ese momento.

Debido a la forma como se consolidó el proceso de evangelización, ésta permitió que en nuestros indígenas se empezara a llevar a cabo una forma de manifestación ética que en la actualidad es cotidiana: la doble moral. ¿Por qué? Simplemente porque si no abrazaban la fe católica se acababa con su vida; esto hizo que, al darse cuenta de lo que ocurría, los indígenas optaron por aceptar la fe que se les imponía pero sólo en los espacios públicos, ya que al llegar a sus hogares sacaban sus dioses y los adoraban, logrando así sobrevivir a la barbarie y al exterminio. Sin embargo, este comportamiento dejó hondas huellas en el ser y en el actuar de la población.

Esa situación, que se ha prolongado hasta nuestros días como la “doble moral” y se manifiesta en el fenómeno de la corrupción a todo nivel, tanto en lo público como en lo privado, en lo social e individual, que en últimas no es otra cosa que la vida llevada a un individualismo extremo con el desconocimiento de la responsabilidad social.

En los últimos años se han introducido cambios importantes en la sociedad colombiana, generados por la transformación de los valores morales. Una



breve ojeada nos permite mirar el panorama de lo que es la vida colombiana a la luz de la reflexión y, sobre todo, de la vivencia. ¿Qué encontramos? De una parte, en general, hombres y mujeres deseosos de hacer las cosas bien, de sacar adelante el país, pero por otra, esos hombres y mujeres se ven acorralados por un puñado de personas que están acabando con el país (ya sea que estén en el paramilitarismo, el sicariato, la delincuencia común, el narcotráfico, los distintos grupos guerrilleros o, lo que es más grave, que sean personajes de cuello blanco o del ejército).

¿Qué es la ética?

Ante este panorama nos preguntamos: ¿la educación y la formación en valores no han tenido mucho que ver con ello?, y, en consecuencia, ¿qué ética nos corresponde empezar a llevar a la práctica para poder ver nuestro país en unas nuevas circunstancias de armonía y de justicia?

La ética es un saber cotidiano. Es algo que todos en diversas circunstancias ejercitamos; todos involucramos la ética en las decisiones de la vida. Pero, dado que en el terreno práctico muchas personas confunden la ética con la moral, es preciso señalar su diferencia, ya que una y otra tienen ámbitos diferentes.

De una parte podemos decir –siguiendo las definiciones más simples– que la moral (del latín *mos-moris*) es el conjunto de normas que regulan la conducta individual y social de los hombres y que, como dice Adela Cortina, la “llevamos en el cuerpo”. De otra parte, la ética (del griego *ethos*) es la teoría o ciencia del comportamiento moral de los hombres en sociedad; lo cual quiere decir que el objeto propio de la ética es el estudio de una realidad humana que llamamos moral, constituida por un tipo de hechos o actos humanos. De esta manera podemos entrever que la moral y la ética se refieren al modo de ser que las personas van forjando a lo largo de su vida. O como señala Fernando Savater “‘moral’ es el conjunto de comportamientos y normas que tú, yo y algunos de quienes nos rodean solemos aceptar

como válidos; ‘ética’ es la reflexión sobre por qué los consideramos válidos y la comparación con otras ‘morales’ que tienen personas diferentes.”¹

¿Qué son los valores?

Igualmente conviene aclarar qué son los valores, ya que el tema es complejo. Para dar un primer paso en su definición, los valores tienen las siguientes características: a) no son, pero valen; b) son bipolares, esto es, en una sociedad pueden valer y en otra no tener ninguna validez; c) son dinámicos (no relativos), o sea, que se ponen de actualidad en el espacio y el tiempo y por ello van cambiando; d) son parásitos, es decir, necesitan donde poder estar, donde habitar (yo no puedo, por ejemplo, ver la honestidad pero si reconocerla en las personas honestas); y, e) generan un ambiente, lo que significa que sin valores no hay ambiente (lo cual es lo que sucede en nuestro país, no hay un ambiente para poder vivir los valores y, por tanto, vivir una vida en armonía).

Asimismo, siguiendo a Luis José González, se puede decir que:

Los valores son conceptos, es decir, elaboraciones mentales para identificar y expresar cualidades propias de los seres. Ahora bien, las cualidades que engendran valores consisten en relaciones de sentido que el hombre descubre en los seres y la relación de sentido es toda referencia entre un ser y un campo de interés o satisfacción humana. Así pues, podemos definir el valor como la conceptualización de una relación de sentido positivo existente entre las cosas y algún campo de realización humana.²

De otra parte, si bien es cierto que las posturas éticas que hoy se quieren validar son constructos realizados en otras latitudes (ética dialógica siguiendo a Habermas), nos corresponde ubicarnos en nuestra realidad, en nuestro ser, esto es, el ser latinoamericano. Y hay en el pensamiento latinoamericano un término que vale la pena rescatar: la alteridad, lugar desde el cual debemos iniciar un camino para construir una ética que apunte a las circunstancias de nuestro país, porque sin reconocer al otro como “otro que yo” jamás podremos construir un mundo de iguales.

Es desde el rostro del otro que construimos nuestra visión; es recuperando nuestra prehistoria e historia, escuchando la voz y descubriendo el rostro del otro, como creo que se darán unos pasos iniciales, pero positivos, para realizar lo que se pretende.

Para hacer una mayor claridad sobre el término, me permito remitir al lector a los planteamientos que encontramos en Luís José González; aquí sólo señalo lo siguiente:

La alteridad supone aceptar la existencia de “lo otro” como diferente, opuesto frente a “lo mismo”. Podemos entenderla, como una ruptura con lo que no nos ha permitido proyectarnos como personas libres y autónomas, en busca de nuestro desarrollo integral y así poder dar sentido al mundo que nos corresponde vivir. En otras palabras, salir del mundo cerrado del individualismo, del egoísmo, en el que hemos nacido y proyectarnos a un mundo abierto que deberá ser solidario, opuesto al anterior.³

Finalmente, pareciera que la situación que vivimos hoy ocurre por el desencanto de una ética de máximos que no se pudo hacer posible. Si bien no podemos vivir los máximos, tampoco nos podemos quedar en lo mínimo y de aquí que ofrezco, más allá de unos valores mínimos, una posible salida a la encrucijada en que se halla la sociedad colombiana y, fundamentalmente, nuestra juventud, carente ella de valores y convicciones y que, por fortuna, tenemos en nuestras aulas.

Propuesta

Contextualizando lo expuesto atrás, centremos la mirada en la realidad de nuestro país⁴: más allá del análisis realizado en *Colombia una casa para todos*, tenemos que decir que hoy en día se ha hecho más grave la crisis y se han ahondado las dificultades para realizar una convivencia pacífica. Basta pensar, a manera de ejemplo, lo que ocurre en nuestras aulas, en donde, aquellos pocos que responden consistentemente a sus responsabilidades prefieren dejarlas a veces de lado por temor a ser tildados de “sapos”. Esta misma situación se repite en las calles de nuestras ciudades cuando, indiferentes, nos

convertimos en cómplices y dejamos que unos pocos se apoderen de la ciudad, mientras que “muertos de miedo” nos alejamos y dejamos que actúen a sus anchas quienes por diferentes medios están desangrando al país.



Lo anterior nos lleva a pensar que, definitivamente, es a partir de una educación en valores como debemos reconstruir el país; que es a partir de ella como podremos evitar que se derrumben las personas, las sociedades y el país mismo y, de la misma manera, podremos salir del llamado “vacío ético” en que nos hemos enfrascado.

Los últimos acontecimientos en nuestro país, manifestados en violencia política, en el manejo de la economía, en la crisis educativa, en la misma corrupción que sigue paseándose por todos los estamentos de la sociedad, etc., hacen pensar que definitivamente nos corresponde hacer un aporte fundamental en lo que respecta a la vivencia de unos valores éticos mínimos que nos permitan salir del estado de barbarie en el que nos encontramos.

Es la educación la forma como podremos empezar a hacer un recorrido que sirva para dar los pasos necesarios hacia un cambio de actitudes. Infortunadamente, podemos encontrar en nuestros estudiantes creencias como las siguientes: “yo para qué cambio, si los demás hacen lo contrario” o “para qué cambiar si a este país no lo arregla nadie”. Entonces, ¿cuándo vamos a empezar a cambiar? ¿Cuándo vamos a empezar a obrar de una manera ética? Si bien es cierto, creemos, que nuestra generación no aportó cambios en nuestra sociedad, es necesario que las generaciones actuales (los nacidos desde la década de los noventa) empiecen el cambio ahora y, luego, se transmita a otras esferas. Esto quiere decir que si todos tenemos la misma necesidad de cambiar, podremos entonces utilizar el consenso como una alternativa verdadera de cambio.

Nos corresponde, en una autoexigencia de convicción, tomar unos valores que sirvan de base en nuestra autorrealización y, así mismo, en la realización de los otros (que yo llamo tarea de reconstrucción tanto individual como comunitaria).

Como docentes tenemos la herramienta: la educación. Al plantear estos valores mínimos pienso que, de ser aplicados, se empezaría a construir una nueva familia, una nueva escuela, una nueva política, una nueva economía e incluso una nueva vivencia de la religión (los planteamientos originales y auténticos de Nuestro Señor Jesucristo, en el caso del cristianismo). Veamos:

1. Solidaridad

Dado que estamos viviendo una economía de tipo neoliberal y que se expresa en un individualismo salvaje, creo conveniente fortalecer el valor de la solidaridad, la cual permita empezar a vivir en forma tal que nos apoyemos unos a otros en la conformación de un nuevo país.

¿Qué entender por solidaridad? Siguiendo a González y Marquinez, la entiendo como:

...la aceptación de un vínculo con otras personas cercanas o lejanas que se encuentran en situación de necesidad, el cual nos impone la obligación moral de ayudarlas a salir de dicha situación (...) el valor civil de la solidaridad hunde sus raíces en el valor cristiano del amor fraterno, que tiene también su expresión secularizada en la fraternidad, el tercero de los principios sociales proclamados por la Revolución Francesa.⁵

Peresson propone la siguiente definición: es la manera como diferentes grupos humanos se ayudan mutuamente, creciendo recíprocamente. Porque la solidaridad supone el reconocimiento de la identidad del otro, el reconocimiento de su propio rostro. Sólo se puede ser solidario con aquel a quien se reconoce como otro, diferente de mí, libre e igual.

Dado que día a día aumenta el número de desplazados por la violencia, de refugiados a causa de la guerra, de emigrantes que abandonan los campos, de niños abandonados en las calles, etc., nos corresponde empezar a educar en acciones solidarias para que las asumamos y las vivamos y, como consecuencia de ello, nuestros educandos sean capaces igualmente de vivenciarlas, de hacerlas carne de su propia carne.

Estas acciones solidarias comienzan por “el espíritu de acogida y fraternidad con que se realiza.”

No olvidemos que el individuo no puede realizarse como ser humano, en solitario, sino que se realiza a partir de las relaciones con los otros, “red de relaciones”. Como señala Peresson, “únicamente en el ‘nosotros’ se realiza el ‘yo’ y el ‘tú’. En otras palabras, quien no es solidario es un solitario.”

2. Responsabilidad

Estamos viviendo una carencia de compromiso para asumir tanto las acciones personales como los actos comunitarios; por ello, propongo que se asuma el valor de la responsabilidad frente al disvalor del no compromiso del hombre ni con sus palabras ni con sus actos.

Esta palabra viene del latín *respondere* que significa responder y está vinculada con los términos *corresponder*, *corresponsable*. ¿Qué significa ser responsable? En primer lugar, responder a la llamada de los valores que piden ser realizados y, en segundo lugar, responder por las consecuencias de tal respuesta. Pero ¿qué significa lo anteriormente planteado en un país como el nuestro? Significa asumir unos valores que están en la sociedad, pero que las personas no ven, no los asumen porque ello les implica responsabilizarse por lo que ellos (los valores) exigen. Pero también implica tomar las riendas de nuestra vida y responder por la marcha de la misma, de su sentido o sinsentido (¿acaso hay un proyecto personal de vida?, ¿de país?).

Esa decisión de tomar nuestra vida por nosotros mismos, implica que nos asumamos como personas, seres individuales que podemos elegir un camino, unos propósitos, unas metas y, en consecuencia, ser capaces de tener autonomía, de no dejar que otros decidan y orienten nuestra propia vida. Si entendemos por autonomía la independencia, el rechazo de toda forma de norma de conducta que no haya sido formulada por nosotros mismos, nos hallaremos todavía en la adolescencia espiritual. No, tenemos que ir más allá, esto es, entender la autonomía como (autos-nomos) el afrontar mi propio proyecto de vida,

el afrontar mi libertad que me permita ser yo mismo, dueño de mí mismo, artífice de mi propio destino, capaz de lo mejor o lo peor.

¿Cómo llevar a la práctica lo anterior? Una respuesta inicial la intuyo a través de la educación, de la formación para la realización de un proyecto personal de vida,⁶ de la ayuda a los estudiantes a reconocerse en su propio ser en su capacidad para autorregularse, de elegir unas normas para el bien común y todo ello implica el *respondere*. Esta educación debe hacerse conjuntamente en la casa y la escuela pues, como todo proceso, implica que la responsabilidad se vaya haciendo; es decir, el hombre se va haciendo responsable a medida que adquiere responsabilidades: cargos que desempeñar, cometidos que cumplir, tareas por llevar a cabo.

3. Convicción

En este comienzo de milenio, apenas pasado el siglo XX en que no fuimos capaces de recrear nuestro país por cuanto volvimos a repetir la historia del siglo XIX (siglo de guerras civiles), nos corresponde enfrentarlo y asumirlo desde la *convicción de cada uno de los actos que realicemos*.

Si miramos el origen latino del término convicción, *convictio* (convencimiento, sinónimo de evidencia y creencia), vemos que esto no sucede en nuestro país; es decir, tenemos unos valores pero no estamos convencidos de ellos y, en consecuencia, no se viven.

En nuestra cultura se ha enseñado que los valores pueden comprenderse jerárquicamente, de donde se supone existen unos valores fundamentales: la vida de una parte y, de otra, la divinidad. Ambos pareciera que no fueran fundamentales y definitivos sino que fueran cambiando a voluntad de quien los quiere vivir o practicar; el problema es que ni se viven ni se practican, pues la vida y Dios como meta no tienen sentido para muchos hombres hoy. La vida es el valor que menos se respeta, pero que también se manifiesta en hambre, violencia, miseria, aborto, eutanasia; sencillamente, si lo anterior ocurre es porque realmente no es el valor más importante.

La divinidad ha sido reemplazada por otros ídolos: dinero, poder, placer, mercadeo, éxito a costa de lo que sea.

Esta tergiversación o inversión de valores hace suponer que si no hay convicciones, certidumbre de lo que se cree y se vive, los valores no tienen razón de ser y carecen de sentido, pues la convicción o convicciones serán el fundamento primario para la vivencia de los valores.

¿Qué quiero decir con lo anterior? Que cualesquiera sean los valores que una sociedad o un individuo tenga, mientras no los asuma por una convicción real de lo que significan y valen, no podrá hacer de ellos un ideal de vida, un fundamento para su existencia y, en consecuencia, serán ultrajados, pisoteados y pasados por alto, así la inmensa mayoría de las personas los tengan como *valores*.

¿Dónde está la convicción? Veamos el ejemplo de vida de algunos personajes de la historia, en quienes se ha forjado un ideal alimentado por la convicción: Sócrates (“Amigo Critón, no voy a escapar. No quiero desobedecer la sentencia del gran jurado de Grecia, porque eso va en contra de mi conciencia: sería desmentir lo que he dicho y desorientar al pueblo”; esto es, fue capaz de beber la cicuta, aceptando con ello la muerte, para respaldar sus convicciones, sus enseñanzas y el cumplimiento de la ley), Jesús de Nazaret (“Padre, si es posible que pase este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya”; lo que demuestra una convicción en el cumplimiento de la voluntad del Padre incluso con la entrega de su propia vida), Simón Bolívar (en el Monte Sacro juró: “No dejaré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma hasta que no haya roto las cadenas con que nos oprime por su voluntad el poder español”; juramento que llevó a cabo por su ideal y convicción de libertad para América), Mahatma Gandhi (con su muerte, al igual que con su vida, desapareció un hombre cuya estatura moral era incuestionable y quien hizo de la

moral y la ética instrumentos que transformaron la historia del pueblo hindú), Martín Luther King (líder que siempre mantuvo sus principios: “No recurriremos a la violencia. No nos degradaremos a nosotros mismos odiando. El odio será devuelto con amor.”) y Teresa de Calcuta (quien fue capaz de entregar su vida por amor, por convicción, al servicio de los más necesitados). ¿Qué hicieron ellos para dejar huella en la vida y por lo que hoy los seguimos reconociendo? Fueron capaces de vivir en calidad, por ello rompieron con los paradigmas de su momento y sembraron unos nuevos. Y lo hicieron porque optaron por unos valores como principios de vida, y respondieron a ellos con su propia vida y el consiguiente ejemplo para los demás.

A manera de conclusión

La ética tradicional, fundada en parámetros religiosos, con los mecanismos de prohibición, represión y sanción, se convirtió en una superestructura normativa y autoritaria que ahogó la vida humana, lo que posibilitó, en ocasiones, tener una adhesión de tipo conceptual, pero no de carácter vivencial. Podemos decir que para ser ético bastaba cumplir. La propuesta ética tradicional no es una propuesta definitiva ni única, como lo demostraron las corrientes filosóficas que surgieron en la modernidad y que comenzaron a cuestionar las verdades establecidas por teólogos y filósofos; verdades que tenían un carácter de eternas e inmutables.

La ética vivida en el país, fundamentada en un poder institucional regentado por la religión, fue garante para que el código ético formulado se concretara en actitudes, compromisos y responsabilidades sustentadas en la norma y no en la convicción de una ética para la convivencia y el actuar humano en su propio beneficio y el de los demás.

Si concebimos que la ética no es una reflexión en el vacío sino una actitud ante el contexto que hay que transformar, debemos percibirla entonces como la clave para entender el caos y salir del atolladero existencial planteado por el asesinato cotidiano, la corrupción pública y privada, la irresponsabilidad colectiva e individual, el conflicto entre lo público y

lo privado, y los demás males que aquejan nuestra sociedad.

Por ello hoy hablamos de una ética cívica, y ésta entendida desde la formulación, no sólo de unos valores mínimos necesarios para actuar por convicciones y lograr verdaderos cambios, sino desde la necesidad de mirar al otro, actuar y respetar al otro como otro, esto es, tener una mirada diferente sobre los demás; a lo anterior lo llamamos alteridad y es el fundamento de una nueva sociedad donde el valor de la vida sea realmente respetado.

Se hace conveniente mencionar, a manera de conclusión, cuáles serían los elementos necesarios para que se pueda llevar a cabo la propuesta de aceptar unos valores mínimos que posibiliten su puesta en marcha. Siguiendo a F. de Roux,⁷ debemos tener claro que ésta debe ser:

1. Una ética secular, es decir, una ética de lo mínimo moral, que muestra aquellas cosas mínimas sin las cuales nosotros no somos posibles como comunidad humana que intentamos construir.
2. Una ética democrática, que se hace en la conversación con los vecinos, en las discusiones en la mesa del comedor familiar, en el colegio y, en últimas, en la cotidianidad, lo que supone una enorme confianza en la razón humana.
3. Una ética objetiva, ya que los valores valen independientemente de quien los haya formulado. Por ejemplo, que la vida humana se respete y que no haya ningún motivo que legitime el destruirla.
4. Una ética tolerante, basada en el respeto a las diferencias y, por ello, una ética abierta a las discusiones y desafíos que puedan surgir, porque estamos construyéndola y para ello se requiere del aporte de todos.

Vivimos en una sociedad en donde, por cultura, se nos ofreció una ética de máximos, la cual a pesar de todo, sigue imperando así no lo queramos y es muy posible que proponer una ética de mínimos pueda parecer como una debilidad, máxime cuando también se proponen unos valores específicos, sencillos pero claros. Todo lo anterior será posible si desde la familia, la educación y en particular desde la

escuela y la universidad, se hace un verdadero trabajo de fortalecimiento y educación en estos valores propuestos, u otros, pero que ello se realice con una verdadera coherencia entre la teoría y la práctica, entre lo pensado y lo vivido, entre lo propuesto y lo actuado, y así podremos invitar a la juventud para que su huella en el mundo sea visible, en cuanto sean capaces de mirarse como co-creadores y responsables de la historia y que, por consiguiente, “su misión, es la de dejar un mundo mejor que el que encontraron al llegar a la vida.”⁸

Notas

¹ Fernando Savater, *Ética para Amador*. Bogotá: Ariel, 1999, p. 59.

² Luis José González, *Ética latinoamericana*. Bogotá: Universidad Santo Tomás, 1988, pp. 133-134.

³ *Ibíd.*

⁴ Una descripción fenomenológica de la situación de vacío ético que vive el país se puede encontrar en los artículos de Gerardo Remolina (“El vacío ético de la sociedad colombiana.” pp. 15-31) y de Francisco de Roux (“Fundamentos para una ética ciudadana.” pp. 131-147) en *Colombia una casa para todos: debate ético*. Bogotá: Antropos, 1991, que siguen siendo válidos como análisis de la realidad colombiana y en la cual estamos insertos en el año 2005.

⁵ Luis José González y Germán Marquín, *Valores éticos para la convivencia*. Bogotá: El Búho, 1999, pp. 97-98.

⁶ Todo hombre y mujer debería, al menos, tener un proyecto personal de vida. Sin embargo, la experiencia con los y las jóvenes estudiantes en las aulas universitarias nos muestra lo contrario, no lo hay. ¿Ayudamos a construirlo en nuestros estudiantes?

⁷ Francisco J. de Roux, “Fundamentos para una ética ciudadana”. En *Colombia una casa para todos*. Bogotá: Antropos, 1991, pp. 131-147. Conveniente mirar todo el artículo.

⁸ Pablo VI. Mensaje a los jóvenes. Concilio Vaticano II.

Referencias

CORTINA, Adela. *Ética sin moral*. Madrid: Tecnos, 1990.

———. *Ética mínima: Introducción a la filosofía práctica*. 4ª ed. Madrid: Tecnos, 1994.

GONZÁLEZ, Luis José. *Ética latinoamericana*. 3ª ed. Bogotá: Centro de Enseñanza Desescolarizada, Universidad Santo Tomás, 1986.

GONZÁLEZ, Álvarez y Germán Marquín. *Valores éticos para la convivencia*. Bogotá: El Búho, 1999.

PERESSON T., Mario L. *Educar para la solidaridad planetaria*. Bogotá: Indo-American Press Service, 1999.

PROGRAMA POR LA PAZ. *Colombia una casa para todos: debate ético*. Seminario sobre ética ciudadana. Bogotá: Antropos, 1991.

SAVATER, Fernando. *Ética para Amador*. 6ª reimpresión. Bogotá: Ariel, 1999.